B. Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

LA FORMACION DEL CORAZON

*Pasiones que deben combatirse:
Placer impuro, el juego, la
embriaguez etc.*

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84-7770-459-1
D.L. Gr. 181-99
Impreso en Azahara - Printed in Spain

A MIS LECTORES

Mi finalidad en este breve trabajo es hablaros del tema de la educación del corazón por ser de gran transcendencia. San Agustín en su libro de las «Confesiones» dice: «Grande abismo es el hombre, cuyos cabellos tiene el Señor contados (Mt. 10, 30), sin que uno se pierda; y, sin embargo, más fáciles son de contar sus cabellos que sus afectos y los movimientos de su corazón».

Es realmente indudable que existe una íntima correspondencia entre los movimientos del corazón y los afectos de nuestra alma, y en él repercuten las impresiones de nuestros amores.

El corazón tiene emociones, pasiones, tendencias..., que preceden a la deliberación..., y el corazón recto ha de guiarse por los dictados de la razón. En la formación del corazón hay que atender a todo cuanto entra en la vida afectiva y tiene en él sus resonancias.

Como leemos en el Génesis (8, 21) «los deseos del corazón humano, desde la adolescencia tienden al mal», y por lo mismo, si nos preocupamos de educar los sentidos, la memoria, el entendimiento y todas las facultades, ¿podremos olvidar la formación del corazón? ¿No debemos preocuparnos seriamente de formar *al hombre?* Mas *¿cómo* debemos educar el corazón? ¿En qué épocas de la vida principalmente?

Del corazón humano brotan los grandes pensamientos y las grandes acciones, y también, como dice Jesucristo, de él ««brotan los malos

pensamientos, los homicidios, los adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias» (Mt. 15, 19), y es necesario saber encauzar sus deseos hasta llegar a comprender con San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón anda desasosegado hasta que descanse en ti».

Zamora, 31 de mayo 1985.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

FORMACION DEL CORAZON

Hay que educar el corazón humano

Es evidente que es muy necesaria la formación del corazón humano por cuanto «*sus deseos están inclinados al mal desde su adolescencia*» (Gén. 8, 21), y se impone esta formación en todas las épocas de la vida, porque siempre están prontas a surgir y a levantarse unas u otras pasiones. La época de la niñez y la época de la adolescencia son las más difíciles, las más eficaces y acaso las más adecuadas para tal intento; pero nunca puede olvidarse, no sólo la vigilancia, sino la escuela práctica, la formación del corazón.

El corazón en sí misma es un abismo, que encierra movimientos y afectos incontables. Es difícil conocer sus inclinaciones y, por consiguiente, corregir sus vicios, evitar sus extravíos. El filósofo Balmes lo dice así: «El corazón humano es un abismo de contradicciones... Debiéramos tener continuamente la vista fija sobre nuestro corazón para conocer sus inclinaciones, penetrar sus secretos, refrenar sus ímpetus, corregir sus vicios, evitar sus extravíos... El homber que no tiene más guía que su corazón es el juguete de mil inclinaciones diversas y a menudo contradictorias; una ligerísima pluma en medio de una campiña donde reinan los vientos, ¿no lleva las direcciones más variadas e irregulares?»

El corazón está llamado a hacer obras magníficas, y porque puede llegar a la degradación más bochornosa, hay que vigilar sobre él. En los Pro-

verbios leemos: «*Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida*» (4, 23), y también «*de él,* como dice Jesucristo, *salen los malos pensamientos y aún las blasfemias*» y viene a adquirir hábitos que se dejan sentir en la vejez, por eso conviene andar ya desde pequeñitos por la senda del bien. «*La senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también desde viejo*» (Prov. 22, 6). De aquí también que el Sabio diga a los padres que éstos se preocupen seriamente de instruir a sus hijos: «*¿Tienes hijos? Adoctrínalos, y dómalos en su niñez*» (Eclo. 7, 25).

¿Cómo podemos educar el corazón?

Una ciudad cercada de enemigos, si las puertas se quedan abiertas y sin guarda, vienen a entrar en ella y es saqueada y destruida, y así será del alma que no guarda los sentidos (P. Lapuente).

De ahí, diremos con el Kempis, que sea indispensable obstruir con toda diligencia la entrada del corazón, no sea que lo invadan imágenes sugeridas por la vista o el oído, y que, cuando más olvidadas se creían, vuelvan por el descuido del hombre y arrebaten el corazón la paz junto con la tranquilidad de la conciencia.

Si nuestros ojos y oídos ven cosas poco dignas, lo que es feo o deshonesto, es fácil que afecten a nuestro corazón, y por eso para educar bien el corazón lo mejor es presentarle con habilidad y constancia objetos dignos capaces de inspirarle un amor ordenado que se dirige a **Dios** primariamente y preparar los ánimos para oír bien

las lecciones que El nos da, bien a través de la naturaleza cuando la contemplamos, bien al oír o leer su palabra en las Escrituras Santas. Como dice San Agustín, «hay que cambiar el corazón, hay que levantarlo; no debemos fijarlo en la tierra, mala región es ésta. No puede tener el corazón arriba quien se enreda en negocios del mundo».

El corazón es noble y grande, si el alma tiene sentimientos de nobleza, y pequeño y pobre si son bajas nuestras pasiones.

Un ejemplo tenemos en Salomón. Siendo ya viejo, se desvió del camino recto, amando apasionadamente muchas mujeres extranjeras. Estas le pervirtieron; vino a depravarse Salomón hasta el punto de caer en la idolatría, y la Sagrada Escritura refiere esta ruina atribuyéndola al corazón: «Las mujeres pervitieron su corazón, *"vino a depravarse su corazón", su corazón ya no era puro y sincero para con el Señor Dios suyo, como lo fue el corazón de David, su padre»* (1 Rey. 11, 4-5).

Para mantener, pues, el corazón en el camino recto, es preciso inclinarlo al bien y llenarlo de Dios, fijándonos en el camino señalado por sus santos mandamientos. Y esto debe hacerse desde la niñez.

«Lo bueno, si se les dice cariñosamente, se les queda a los niños, y no importa que estén como distraídos. Luego, a la larga, se verá el fruto» (Beato P. Rubio).

«Es el corazón el que ha de transformarse, de manera que amemos cuanto Dios ama y aborrezcamos cuanto Dios aborrece, con todo el fuego que Dios quiere, aunque se trate del misterio de

la Cruz de Cristo, en todo su heroísmo y desnudez» (A. Torres S. J.).

«Hace algunos años, lo refiere Jeanne Cappe, vivía yo en una colonia de niños enfermizos. Vinieron a visitarme un grupo de señores imponentes. Uno de ellos se admiró de hallar en todas las salas y en el dormitorio un crucifijo y la imagen de la Virgen. Señalándolos con el dedo, dijo: "¿Y sus padres no protestan al ver 'esto' en las paredes?" A lo cual le respondió la Directora:

»"Señor, protestarían si 'eso' no estuviera aquí. Los niños de nuestra nación son de raza cristiana, de esa raza que ha hecho a nuestros héroes, a nuestros santos, nuestro pasado de valor y de equilibrio. No puede discutirse semejante herencia. Hay que posesionarse de ella, para que nuestros hijos tengan, en su alma y en su sangre, un poco del alma y un poco de la sangre del Cid, de San Fernando, de Santa Teresa, de Isabel la Católica; para que tengan la riqueza de nuestros antepasados, que conquistaron mundos, que edificaron catedrales, que cruzaron bosques vírgenes, que instalaron la bandera de España y la cruz de Cristo en todo el mundo".»

La misma Jeanne Cappe hablando de la educación del corazón, dice: «Si queremos, al educar los niños, hacer una obra perfecta, comencemos por hacerla una obra de amor... La educación de los modales lleva consigo, en un niño pequeño, la educación del corazón». (Véase mi libro: «EL NIÑO... Y LA EDUCACION. La madre y la escuela» donde expongo cómo debe educarse a los niños y en materia sexual...)

El placer general y la presunción

Como advierto en mi libro: «No pierdas la juventud», los defectos más frecuentes en el joven son los placeres sensuales y la presunción, que con harta frecuencia se trueca en orgullo y trae consigo la terquedad.

«La juventud se halla sin fuerza y sin vigor, si no tienen sostén, siendo débil en sus consejos; pero es más débil aún de espíritu, de inteligencia y de voluntad que de cuerpo... El fuego de las pasiones persigue a la juventud, las advertencias le enojan, la cansan y la fastidian; ama los placeres...» (S. Ambrosio).

Lo que más pronto marchita y hace morir el corazón de los jóvenes son los placeres impuros, y estos son los que le ofrecen los ambientes del mundo. Horacio, después de invocar a la diosa de los placeres, escribió en una orgía esta frase: «Aquí reina el placer».. Y ahora, ¿qué está sucediendo en este mundo actual en el que se multiplican los cines inmorales, las salas de baile, las discotecas y orgías? ¿Acaso no escribe el mundo en todas partes y sin cesar: «Aquí reina el placer»?... En esos centros de diversión, se ríen, bailan, gozan y se cansan y hastían... y ¿cómo salen de ellos? Con un gran vacío en el alma..., y por no reflexionar, volverán a tales centros arrastrados por la fiebre del placer y con el afán de deleitarse en todo y siempre. Ese exceso es un gran desorden que puede causar su ruina. En este caso el desorden es grave, y terminará aprisionado su corazón.

Esto nos recuerda la fábula de F. M. Samaniego «Las moscas»: «A un panal de rica miel / dos mil moscas acudieron, / que por golosas murieron / presas de patas en él. / Otras dentro de un pastel, / enterró su golosina. / Así, si bien se examina, / los humanos corazones / perecen en las prisiones / del vicio que los domina» (Fábula XI).

Los placeres, que tienen por principio y tónica la pasión, invitan al desenfreno, atizan el fuego de la sensualidad, aprisionan el alma y destierran a Dios del corazón humano y en éste no queda más que vaciedad, tedio, tormento y lágrimas.

El libro del Eclesiastés que quiere desengañarnos de los bienes y placeres de este mundo y encaminarnos al Creador antes de que el polvo se vuelva a la tierra y el espíritu vuele a Dios que le dio el ser, nos pone delante la lección de Salomón, quien nos dice:

«Dije yo en mi corazón: Iré a bañarme en delicias, y a gozar de los bienes presentes; mandé hacer magníficas obras, me edifiqué casas de placer, con viñas, huertos, vergeles, estanques de aguas, amontoné plata y oro, poseí esclavos y esclavas en gran número... Allí se encontraba "cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres"... Nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon; ni vedé a mi corazón el que gozase de toda clase de deleites»...

Y la consecuencia que él saca de toda su fiebre de placeres es que todo es «v«anidad y aflicción de espíritu», aflicción de espíritu por ser vanos los placeres. ¿No es ésta una lección clara y convincente que condena toda fiebre de placeres,

y que hay que señalar a todos los humanos otro objetivo para la vida, el que se inculca en todo el libro del Eclesiastés: encaminarnos hacia Dios?

El mal de los placeres impuros

Todo placer de la carne ataca y mancha el corazón humano, y por eso debemos combatir la voluptuosidad, la mala pasión, por ser ésta enemigo de la belleza, de la bondad, de la fuerza y de la gloria.

En los jóvenes, que se entregan a los excesos de los placeres impuros, todo se marchita y muere: las energías físicas, intelectuales y morales. El alma se refleja en el rostro y por eso a veces en vez de la divina frescura de la juventud ostenta los tonos apagados de la ancianidad. Muchos de ellos vienen a ser cadáveres ambulantes, porque «tienen el nombre de vivientes, pero están muertos» por el pecado.

La impureza ataca a las fuerzas físicas y morales. Ella trae desorden al organismo humano. Santo Tomás de Aquino dice que los placeres sensuales perturban y acaban por encadenar todas las energías del espíritu.

El impúdico perseguido sin cesar por imágenes groseras y por obscenos fantasmas, no vive más que para los sentidos. Tal es el móvil de todas sus acciones y el fin último de su existencia. Devorado por el delirio de la voluptuosidad, se lanza en una desenfrenada carrera hasta caer en el abismo de la ignominia.

A veces los pobres jóvenes, por lo menos aque-

llos a quienes la pasión no ha cegado por completo, entrevén en un horizonte lejano las bellezas de una existencia purísima...; mientras tanto sienten que su memoria disminuye, que su inteligencia se entorpere, que su voluntad se extenúa, que su carácter se debilita, que los sentimientos de su corazón se embotan, que su cuerpo languidece y decae.

Pasa en su alma lo que pasaba en la de Agustín antes de su conversión: «Sucede, dice, que a veces experimento extraño sentimiento; me penetra una dulzura desconocida que al desvanecerse me deja la impresión de lo que debiera ser la vida. Pero vuelvo a caer bajo el yugo de mi enojosa miseria, me veo arrastrado de nuevo por mis fatales y ordinarias pasiones, me encuentro ligado y lloro mucho, sin que la abundancia de mis lágrimas logre sacarme de mi esclavitud ni pueda arrojar fuera de mí el fardo de la costumbre que me despeña al abismo».

No hay duda que cuesta mucho romper las cadenas de la infernal concupiscencia. Si para *hacer algo* hace falta voluntad, *para ser alguien* hace más falta todavía. Es necesario domar nuestras pasiones hasta lograr convertirlas en eficaces auxiliares de nuestro perfeccionamiento. Se impone fortificar la voluntad y llegar a pronunciar un «quiero» rotundo y llevarlo a cabo con la gracia de Dios. (Véase mi libro: JOVEN, LEVANTATE, en el que digo *cómo* hay que combatir las pasiones.)

Como del corazón humano brotan las malas tendencias, los vicios y toda clase de desórdenes, nos fijaremos en algunos de los que son más co-

rrientes y vienen a ser enfermedades del corazón humano vg. la pasión del juego, la embriaguez o alcoholismo, la blasfemia, el respeto humano, el acudir a discotecas o centros de diversiones poco honestas, etc., enfermedades que rebajan al hombre y a nuestra sociedad, por lo que ésta necesita un cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal, voluntades de hierro capaces de todos los quereres que empiecen por la reforma de sus vicios y la adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece, pues como dicen los Proverbios: «*La virtud engrandece a los pueblos mientras que el pecado los hace miserables*» (14, 34).

Pasiones que hay que combatir

Sabiendo que del corazón salen los malos pensamientos, las blasfemias, los hurtos, las impurezas, etc., se impone el deber de combatirlas, y a este fin hay que recurrir a fortificar la voluntad, como tenemos dicho, y luchar para vencer ayudados de los auxilios de la divina gracia.

Jesucristo nos dijo las maldades que salen del corazón del hombre con estas palabras: «*Lo que del hombre sale, eso es lo que mancha al hombre, porque de dentro del corazón del hombre, proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez. Todas estas maldades del hombre proceden y manchan al hombre*» (Mc. 7, 20-23).

Hemos hablado de la pasión o fiebre de los placeres, fijémonos ahora en otras pasiones que si no se dominan termina por degradar y envilecer al hombre.

1.º La pasión del juego

Nos referimos a los juegos de azar: los prohibidos (de naipes), la ruleta, los que sean. El juego ha arruinado a muchas familias, y hay que velar mucho sobre sí, y ser ante todo hombre trabajador antes que jugador.

No hay que poner la suerte en el juego. El incauto empieza a sugestionarse con el juego y se dice: quizá gane buen jornal arriesgando una pequeña cantidad; quizá logre enriquecerme sin el sudor de mi frente. Provemos fortuna; en alguna parte ha de caer la suerte; tal vez sea yo el favorecido. ¡Sugestión! ¡Fallida!...

Probemos otra vez, se dice. Como ha ganado el otro puedo ganar yo. Puede ser un poco mayor la puesta. Y cobra cuerpo la sugestión. Y «*por una chispa se levanta un incendio*» (Ecle. 11, 34). Aún en tómbolas de beneficencia, en tómbolas de caridad, se da el caso de obreros buenos, sobrios, morigerados, padres de familia, a quienes nada sobra de su jornal para los gastos ordinarios de la casa, que empezando por unas pesetas se han gastado miles, y han salido luego defraudados, desconcertados, profundamente abatidos.

Aristóteles dijo que la pasión del juego nace de la avaricia; y Santo Tomás le corrigió diciendo que en sí misma es avaricia. La realidad es que el jugador se deja seducir por el brillo del oro

y por el fulgor movedizo de una posibilidad con visos de probabilidad; pierde la apuesta y se le aviva el deseo de ganar. Estas son luces que, en vez de guiar, ciegan, y vienen los fracasos y derrotas que, en vez de aconsejar la retirada, enardecen el ánimo para una lucha tan funesta como insensata. Ha nacido la pasión y empieza a revelarse como déspota y tirana, y se cumple el dicho de la Escritura Santa: *«El que ama el peligro perecerá en él»* (Eclo. 3, 27).

La pasión sigue enconándose. Desaparece el fulgor, la esperanza ha cedido el puesto a la obstinación, la seductora probabilidad tiene ya el aspecto de una posibilidad lejana. Pero el jugador es ya un esclavo; la pasión le domina; el derrumbamiento espectacular, la quiebra, el deshonor, la tragedia propia y la de su familia no ocultan el rostro, se muestran con adusto ceño... y el jugador sigue esclavizado, y quizá llegue a sufrir incluso en su organismo como ocnsecuencias de tal pasión afecciones cardíacas, congestiones cerebrales, tisis, locura... ¡Qué tiranía y qué esclavitud!...

Como dijo el sabio Vuillermet, «el que se entrega a la pasión del juego se convierte muy pronto en esclavo... En él pasa los días y las noches. Su imaginación, su razón, su voluntad, todo queda absorvido por la pasión. El juego es su vida».

Funestas consecuencias las del juego...

No va sola la pasión del juego. Pronto o tarde excita otras pasiones; y se levanta un funesto alboroto de rebeldes instintos que aturden, gritan

y matan. El juego es como la causa principal de delitos, crímenes, revueltas y desesperaciones; no pocos fiscales del Tribunal Supremo han hecho constar en sus memorias que el aumento de delitos y suicidios en la nación suelen coincidir con la mayor tolerancia del juego.

¡Cuántos asomados al juego —faltos de resignación y valentía cristiana— han puesto fin a su vida con el suicidio, mientras han dejado a una familia desgraciada que arrastre las consecuencias de un devarío!

Alguno dirá: ¿No puede permitirse el juego en calidad de esparcimiento? Sin duda que sí, pero con estas condiciones: que sea con la moderación debida y excluido el afán de lucro.

San Francisco de Sales dice que el juego de azar es de suyo ilícito: «Los juegos de dados, naipes y otros semejantes, en que la ganancia depende por la mayor parte de la suerte, son recreaciones, no sólo peligrosas, como los bailes, sino absoluta y esencialmente reprensibles... En estos juegos (aleatorios) el único gusto es la ganancia, placer injusto y regocijo infame, que sólo se puede alcanzar por la pérdida y disgusto del compañero...».

¿Hasta dónde llega un jugador? Veamos el ejemplo de *San Camilo de Lelis*. Este tuvo en su vida una época borrascosa. Todos sus desórdenes eran efecto de una pasión que le esclavizaba: La pasión del juego. Jugó su espada, su capa, su camisa. Llegó a mendigar para no morir de hambre. ¡El, el joven mundano que todos conocían! Fue luego peón albañil. Y en el trabajo duro, en la humillación, en la pobreza lo llamó Dios. Ven-

ció la pasión del juego, convirtióse al Señor, dio ejemplo de virtudes heroicas, y en el Convento de Franciscanos, donde fue admitido, era conocido con el sobrenombre de «El Hermano Humilde».

¡Ojalá que muchos de los que andan por el camino del juego, lo imitasen en el cambio de vida!

María Teresa de Austria supo que se jugaba en la Corte de Luis XVI y en el mismo círculo de María Antonieta. Alarmada y con celo maternal escribió a su hija: «Si tu esposo es débil, ello no te exime de ser fuerte. Tu porvenir me hace temblar; el juego trae consigo malas compañías, esclaviza... y acaba por causar la ruina. Fuera capitulaciones, hija mía. Es necesario arrancar de cuajo la pasión».

No hay duda que la pasión del juego trae muchas inquietudes y cuidados y termina esclavizando al jugador y acarreándole desgracias, no sólo a él, sino a aquellos con quienes convive.

2.º La embriaguez

La Sagrada Escritura nos señala con insistencia los funestos resultados a que puede conducirnos el abuso del vino, es decir, los peligros que trae consigo. Los textos siguientes lo comprueban:

— *El vino desde el principio fue creado para alegría de los hombres, no para embriaguez. Alegra el alma y el corazón bebido a tiempo y con sobriedad. El vino bebido con exceso causa contiendas, iras y muchos estragos y es amargu-*

ra del alma. La embriaguez hace osado al necio para ofender: quita las fuerzas y es ocasión de heridas. En una reunión de bebedores no reproches a nadie y no trates con desdén a uno mientras está ebrio. No le ultrajes ni le apremies con reclamaciones (Eclo. 31, 35-42).

No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria (Ef. 5, 18).

— *Lujuriosa cosa es el vino y llena está de desórdenes la embriaguez; no será sabio quien a ella se entrega* (Prov. 20, 1).

— *El dado a la embriaguez jamás se hará rico...; El vino y las mujeres extravían a los sensatos. El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, la corrupción será su herencia, y el procaz va a la ruina* (Eclo. 19).

— *La mujer que se embriaga es del todo enojosa, que no ocultará su vergüenza* (Eclo. 26, 11).

— *No mires mucho al vino cuando rojea y cuando espuma en el vaso; él entra suavemente, pero al fin muerde como culebra, y esparce veneno como el aspid. Y tus ojos verán cosas extrañas y hablarás sin concierto* (Prov. 23, 31).

— *Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y de repente venga sobre vosotros...* la ruina (Lc. 21, 34).

— *Sed sobrios... estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar* (1 Ped. 3, 8).

Por los textos bíblicos citados podemos ver el gran mal que es la embriaguez. Si eres dado a la

bebida, medita y no vendas tu libertad de hombre por unos sorbos de veneno. El borracho reincidente, el alcohólico empedernido nos ofrece el triste y repugnante espectáculo de caerse en cualquier parte y quedar tendido en la calle, sobre el polvo, en un charco... ¡Ha perdido el equilibrio y las fuerzas! Lo mismo le ocurre en el orden espiritual; también la razón está sin vigor, sin luz, sin orden.

¡Cuántos por darse a la bebida han sucumbido y dejado de ser hombres! Van a la deriva, juguetes del oleaje de instintos ebrios y sueltos. En un día, como dice San Ambrosio, beben el fruto de muchos días de trabajo... Muchos murieron por la gula, ninguno por frugalidad; innumerables son los que se perdieron por el vino, ninguno por la sobriedad.

Si eres propenso a la bebida... sigue este consejo:

Fortifica hoy tu voluntad. No consientas que se vean baldadas todas tus potencias, tus nobles potencias humanas; no te acerques, fascinado, vencido a la bebida seductora, no hagas desgraciada a tu familia. Resiste, por tensa tu voluntad. Piensa que «la embriaguez perturba la mente, aviva la rebeldía del corazón, enciende la llama de la pasión» (S. Isidoro).

Otros se emborracharon, se dieron cuenta de su insensatez y cambiaron. Ten presente el siguiente ejemplo:

Matt Talbot, hijo de una honrada familia obrera de Dublín, empezó la vida de trabajo a los doce años de edad. Pronto se dio a beber. Persua-

sión, corrección, nada le sirvió. A medida que crecía, el vicio le dominaba más y más. Varias veces vendió sus zapatos para satisfacer su pasión. Abandonó las prácticas religiosas de su niñez. No daba de lo que ganaba ni un céntimo a su madre, y el martes por lo regular no le quedaba de la paga del sábado anterior.

Un día sorprendió a su madre con esta resolución: «Voy a hacer ante Dios voto de templanza». La madre miró con sorpresa al joven. Este prometió ante una reliquia de la Santa Cruz abstenerse de bebidas alcohólicas durante tres meses. La tentación le acosaba; parecía imposible vencerla. Se encuenta Talbot delante de una taberna. Entra. Pero... se hace servir una botella de agua mineral. Las tentaciones se repiten, mas él las va venciendo. Y llega a guardar abstinencia durante 43 años, hasta su muerte. Al renunciar al alcohol, emprendió una profunda vida interior. Asistía diariamente a la Misa de las cinco de la maňna, y por la noche volvía a la iglesia para hacer una oración. Talbot, el alcohólico, se transformó en «Talbot», el gran penitente.

Proházka refiere el caso de una joven que huyó desesperada de su casa, a causa de su padre alcohólico. Reflexionando después, volvió, comprendiendo que su deber era salvar el alma de su padre y librarle de su miseria y baja pasión: la borrachera.

Le dijeron: «Volverá a ser rudo y grosero, y quien sabe si va a echarte de casa; y una muchacha tan joven como tú, ¿no acabará la paciencia y no le entrarán deseos de andar por regiones más risueñas?». Ella contestó con firmeza: «Si

así se portara mi padre, oraría más y mejor». «¿Y qué será, si tu padre no solamente te da un varapalo, sino que llega a odiarte de modo que a cada palabra tuya conteste con palabrotas y denuestos?»

«En este caso le amaré todavía más, y haré cuanto pueda para que sienta él mi amor.» La joven perseveró y su confianza llegó a triunfar; su fe y su amor hicieron el milagro: su padre, después de muchos tropiezos y caídas, volvió al camino de la virtud y del honor. Las plegarias, el amor y la paciencia de la joven salvaron aquella alma.

Tengamos todos, unos y otros, muy presentes estos ejemplos, para corregir y sabernos corregir. Y el dado al vino tenga a su vez presente este dicho de Séneca: «La embriaguez contrae y pone al descubierto todos los vicios; y si la vergüenza se opone a las malas intenciones, sencillamente la aleja».

3.º La blasfemia

Recordaremos el dicho de Jesucristo: «Del corazón del hombre manan los malos pensamientos y las blasfemias.» Y ¿qué es la blasfemia? Es un insulto directo contra la augusta Majestad de Dios, y por lo mismo es un gravísimo pecado. (Aunque he hablado de la blasfemia en el folleto titulado: «Los males del mundo» como una gran lacra de la sociedad, me parece oportuno hablar aquí algo de ella para reconocer que es un gran mal e intentemos combatirlo.)

El que blasfema, sin duda, no sabe lo que se

hace a sí mismo, porque si reflexionase que con la blasfemia está ofendiendo a Dios, su Creador, primer autor de la vida, y que se la puede quitar de un momento a otro, lo reconocería y dejaría de blasfemar.

La blasfemia es el lenguaje del infierno, que envilece y degrada al que la pronuncia e indica bajeza y falta de cultura y educación. La blasfemia es hija de la soberbia y no hay cosa peor. Su gravedad es muy grande, porque el mismo Dios *dictó sentencia* contra el primer blasfemo que se encuentra en la historia de Israel: *«Quien blasfemare el nombre de Yahvé; toda la asamblea lo apedreará»* (Lev. 24, 16.)

El nombre de Dios es la virtud de Dios; es su santidad su fidelidad, su fama, su gloria. Su nombre, es él mismo; blasfemar este nombre, es blasfemar la misma esencia de Dios.

La boca del blasfemo, dice el salmita, está llena de maldición (10, 7). El blasfemo es un insensato...; un loco furioso...; siempre el escándalo... Es un reprobado, y lo que prueba cuán grande es el crimen que comete al blasfemar, son los catsigos que le aguardan. En la Antigua Ley había pena de muerte para el blasfemo (Lev. 24, 16), y el fin de los blasfemos: Senaquerib, Baltasar, Antioco Epífanes y otros, fue desastroso, unos terminando con muerte cruel y otros expirando en medio de los más acerbos dolores.

Los que blasfeman de Jesucristo que reina en el cielo, dice San Agustín, no son menos pecadores que los que le crucificaron en la tierra...

Sardá y Salvany refiere el caso de un general que tenía el vicio de blasfemar. Cayendo enfermo

fue cuidado por una Hermana de la Caridad. Esta le pidió que en señal de agradecimiento por sus servicios dejase de blasfemar. El General no quiso prometérselo, por temor de no saber cumplir. Entonces la Hermana le pidió que cada vez que soltase una blasfemia le diese cinco pesetas para los pobres. El General lo prometió y cumplió, pues como el blasfemar le iba resultando más caro que todos los gastos de su enfermedad, empezó a dominarse. Llegó el día que no tuvo que dar un solo duro a la Hermana, la cual obtuvo entonces de él palabra de honor de que no blasfemaría más.

Muchos blasfeman ya por una mala costumbre; pero deben reflexionar e intentar corregirse, imponiéndose un sacrificio. Todos debemos de llamar la atención al blasfemo con la mayor caridad posible al oírle, pues «el blasfemo tiene un cómplice, y es éste el que oye blasfemar y no protesta».

Dios, como hemos dicho, se identifica con su nombre, y así lo ha dicho Dios mismo por medio del profeta Isaías: Ellos *«santificarán mi nombre»* (29, 33).

Nuestro deber de cristianos es *«glorifcar al Padre que está en los cielos»* (Mt. 5, 16) y bendecirle y desagraviarle por los que le ofenden. Cuando oigamos a un blasfemo, hemos de decir: «Alabado sea Dios», y de esta manera cumpliremos el dicho del salmista: *«Desde donde sale el sol hasta el ocaso alabdo sea el nombre del Señor»* (113, 3).

Otros males que deben combatirse

Estos males a que me refiero son los que contribuyen a destruir la moral cristiana y llevan al pecado, arrastrando especialmente a la juventud por caminos de inmoralidad y de corrupción. Citaremos algunos que pueden provenir de la moda en el vestir, el baile, el cine, la tristeza, el desaliento... y en una palabra el orgullo o el mundo malo en el que se juntan o coaligan toda clase de concupiscencias.

1) La moda en el vestir

El vestido tiene una finalidad: la de cubrirse y debe ser sencillo, sin pretender con él adorno del cuerpo. Como dijo Pío XII: «La moda en sí no tiene nada de malo, pues fluye espontáneamente de la convivencia humana», y puede seguirse mientras no se oponga al recato, a la noble modestia correspondiente a la dignidad de la mujer, ni exija gastos excesivos.

Lo que es reprobable son las modas indecentes y las deshonestas. Ya Campoamor dijo como la moda en vez de ser el arte de vestirse, venía a ser el arte de desnudarse. Hay modas que imponen sus caprichos, sus locuras y a veces sus planes de inmoralidad, y la mujer cristiana no debe seguirlas, porque indican frivolidad, veleidad, cortejo y fomento de pasiones... No hay que perder el pudor, que es el mejor adorno en la mujer.

La mujer puede y debe cultivar la gentileza de que Dios la dotó; pero debe hacerlo con ex-

quisitez, con verdadero arte, no prostituyendo su femineidad, sino realzándola, envolviéndola con el encanto, de la modestia. Con este adorno, noble, hermoso, debe presentarse ante Dios y los hombres.

Una mujer pagana (la pitagórica Melisa) escribió: La mujer honesta y prudente debe consultar siempre con la modestia sin prestar oídos a la ostentación, procurando en todo momento la mayor limpieza, la más severa decencia, despreciando los adornos superfluos, invención del lujo, que la naturaleza desaprueba. Dejemos para las cortesanas eso vistosos ropajes purpúreos, en los que brilla el oro, porque son instrumentos de su vil oficio, las redes que tienden para que caigan en ellas sus amantes.

La Escritura Santa dice: «*La manera de vestir, de reír, de caminar del hombre, dicen lo que él es*» (Eclo, 19, 27). No te glories jamás por el traje que llevas.

El adorno de las mujeres no ha de ser el exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro, o el de la compostura de los vestidos; la persona interior escondida en el corazón, es la que se debe adornar con el atavío incorruptible de un espíritu de dulzura y de paz, lo cual es un precioso adorno a los ojos de Dios» (1 Ped. 3, 3-4).

San Pablo dice que «*las mujeres oren en traje decente con recato y modestia, sin rizado de cabellos, ni oro ni perlas, ni vestidos costosos, sino con obras buenas, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad*» (1 Tim. 2, 9-10).

También la Escritura Santa nos dice como

Dios en tiempo de Moisés y por medio de éste dio al pueblo este mandato: *«No llevará la mujer vestidos de hombre, ni el hombre vestido de mujer, porque el que tal hace es abominación a Yahvé, tu Dios»* (Dt. 22, 5).

En nuestros tiempos actuales se ha quebrantado este mandato. ¿Será ésta una señal de la pérdida de la fe cristiana y que se avecina un gran castigo sobre el mundo? San Vicente Ferrer —y ya hace más de cinco siglos—, anunció que vendría gran relajación de costumbres y grandes catástrofes, y éstas serían «en aquel tiempo en que las mujeres vestirían como hombres y se portarían según sus gustos licenciosamente y los hombres vestirían vilmente como las mujeres», pero luego Dios lo purificaría y regeneraría todo...

2) El baile

En la Biblia encontramos ejemplos de *danzas ejemplares* como la de María, la hermana de Moisés, a la que siguieron todas las mujeres con panderos para celebrar el paso del Mar Rojo, y a los coros María les respondía: *«Cantad a Yahvé que ha hecho resplandecer su gloria»* (Ex. 15, 20-21), e igualmente podemos decir de la danza de David con carácter sagrado en el traslado del Arca de la Alianza...; y también hay ejemplos de *danzas reprobables* como las que el pueblo escogido llegó a realizar ante el becerro de oro..., y las idolátricas ante Baal... y el baile lascivio de Herodías (Mc. 6, 23 s), etc.

Dejando los bailes aún de carácter sagrado

entre los hebreos, y también entre los egipcios y griegos, los que después de cierta resistencia pasaron a los romanos, tenemos que decir que aquéllos degeneraron en desnudos y obscenidades... y pasando a los de nuestros días, los de la época actual son peligrosos y tal como se realizan en salones cerrados, los verdaderos cristianos no deben asistir a ellos, porque en ellos peligra la castidad. *«No te entretengas con bailarina, no te coja en sus redes... Aparta los ojos de la mujer muy compuesta... Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron...»* (Eclo. 9, 4 y 8).

San Ambrosio decía a las madres: «La que es virtuosa, la que es casta, enseñe a sus hijas la religión, no el baile».

San Francisco de Sales da estos consejos: «Las danzas son cosa indiferentes por su naturaleza; pero según el modó ordinario con que se ejecutan, están muy ladeadas e inclinadas hacia la parte del mal, y por consiguiente llenas de riesgo... De los hongos y setas dicen los médicos que los mejores no valen nada; pues lo mismo, Filotea, te digo de los bailes, que los mejores no son absolutamente buenos.

Los bailes, danzas y semejantes concurrencias tenebrosas atraen ordinariamente los vicios y pecados que reinan en el lugar... Mientras tú estabas en el baile, se ha pasado el tiempo, y la muerte se ha acercado. Mira cómo se burla de ti, y te convida a su baile, en el cual los gemidos de tus dedos servirán de violín, y tú en aquella danza harás un paso solo, pero de la vida a la muerte».

¿Qué diremos o podremos decir o ponderar, de tantas danzas, bailes y sainetes... con concurso

y asistencia de hombres y mujeres de no excesiva edad, como ha introducido la relajación de las costumbres, y libertad de los tiempos, aun entre la gente que no se llama vulgo, y se tiene por regia y ejemplar **de otras?** ¿Qué hemos de decir, cuando de ellos no se puede casi moralmente salir sin culpa, o pecado grave activo pasivo? (Fr. V. M. *Oliver*).

En consecuencia los bailes en la actualidad son peligrosos para la inocencia, para el pudor y la honestidad.

3) El cine

Los Papas han hablado varias veces del cine, del gran bien que se podría lograr por su medio sembrando la buena doctrina, y también del gran mal que puede acarrear cuando se proyectan películas obscenas. Hoy son de temer en España los cines y la televisión por las escenas inmorales que transmiten y con las que tienden a corromper la juventud, y ésta si no está prevenida, en vez de practicar la virtud irá por el camino del error y del vicio.

Pío XI ya en sus días habló con esta claridad: «No existe hoy un medio más potente que el cinematográfico para ejercer influencia sobre las multitudes, tanto por la naturaleza misma de la imagen proyectada sobre la pantalla, cuanto por la popularidad del espectáculo cinematográfico y por las circunstancias que lo acompañan...

Todos saben cuántos daños hacen en las almas las películas malas, como alabando las consupiscencias y los placeres ofrecen ocasión de pe-

cado, inducen a los jóvenes al camino del mal, exponen la vida bajo una falsa luz, ofuscan los ideales, destruyen el puro amor, el respeto al matrimonio y el afecto para la familia.

Las buenas representaciones pueden ejercer una influencia profundamente moralizadora... Además de recrear, pueden suscitar nobles ideales de vida, difundir preciosas nociones, aumentar los conocimientos de la historia y de las bellezas del país propio o del ajeno, presentar la verdad y la virtud bajo una forma atrayente».

Y Pío XII se preguntaba: «¿Qué debe hacer el teatro —o el cinematógrafo— para cumplir su misión de bien? Debe hacer obra de arte, pero obra de arte en el sentido más amplio, más sano y más alto de la palabra...» «Si una película quiere ser fiel al ideal en lo que concierne a la Iglesia de Cristo, debe concebirse y realizarse por encima de la forma artística perfecta, de modo que inspire en el espectador comprensión, respeto, devoción a la Iglesia y a sus hijos, gozo, amor y quizás un santo orgullo de pertenecer a ella.»

Las palabras que los Padres de la Iglesia aplicaban ya en su tiempo a ciertos espectáculos profanos, las podemos aplicar al cine actual:

«El adulterio se aprende viéndolo, y... la matrona que quizá fue casta al espectáculo, sale del mismo macillada» (S. Cipriano). «¿Cómo podrás ya ser casto y continente, si ocupan y entretienen tu imaginación aquellos espectáculos, aquellas palabras y motivan después tales sueños?» (S. Cris.)

«Apartemos los ojos de los espectáculos y de todo lo que empaña la pureza del alma» (S. Jerónimo). «Los espectáculos deshonestos son como

un viento impetuoso que empuja a los jóvenes y los precipita en todo género de concupiscencias» (S. Clamente Alej.)

No hay duda que el cine inmoral de hoy día fomenta toda clase de vicios. El doctor Martínez Vargas en un discurso de Benicarló dijo: «He visto como médico muchos niños con el sistema nervioso afectado por la visión cinemática. Por la oscuridad de la sala y la intensidad de la luz en las escenas y sobre las figuras de la pantalla, el niño y el adolescente reciben una impresión incrustan fuertemente en su mente, imprimiendo carácter a sus voliciones y actos. Recuerdo entre otras historias la de una niña de 11 años, preciosa criatura, que trató de suicidarse y por cuyas lesiones hube de practicarle una cruenta operación. Cuando, repuesta de ésta, le pregunté quién le había enseñado en tan tierna edad a quitarse la vida y la manera de matarse, me contestó estoicamente: «el cine».

Es evidente que el cine de nuestros días abunda la inmoralidad por los principios que se inculcan: por las pasiones vergonzosas que se cubren con tenue velo o se presentan al desnudo; por los crímenes que se excusan o positivamente se aprueban; por el ambiente que reina principalmente en sus sesiones y por el arma política que en no pocas ocasiones se esgrime.

El cine, mientras no se someta a una censura verdaderamente instructiva y moral, vendrá a ser el arte de pervertir a los niños y a la nación.

4) La tristeza..., el desaliento

Hay dos clases de tristeza: una buena, que es la que obra la penitencia, o sea, un cambio de vida mejor, la que viene a convertirse en alegre gozo, porque nace de la buena conciencia, de la detestación del pecado.

La otra tristeza, a la que nos referimos, es la mala, la que suele tener el asiento en corazones depravados y es una tristeza enfermiza. Preguntemos: ¿por qué está triste el ambicioso, el envidioso, el perezoso? El ambicioso está triste cuando no logra alcanzar altos cargos, ni puede escalar las cumbres de la gloria. El envidioso está triste por la prosperidad de su rival, y el holgazán está triste porque ha de ganarse el pan con el sudor de su frente.

La tristeza anda mezclada con el temor, con las preocupaciones, con el desolamiento..., y tal vez provenga de una humillación, de una pérdida material o moral, de un desengaño... Esta tristeza que invade el ánimo y lo deprime, al igual el desaliento, son malos.

El desaliento es decaimiento de ánimo, falta de esfuerzo y vigor; es desgana y cansancio sin haber trabajado..., es indolencia, y como puede afectar al organismo y también al entendimiento y a la voluntad, porque todo lo pinta de color negro..., se impone el tener que trabajar por arrojar de nosotros todo desaliento, por ser un huésped ruinoso. Parece que se aposenta en la medula de los huesos y paraliza todas las energías.

Para salir de estos males hay que elevar nuestra mente y nuestro corazón a lo alto, a las cosas

sobrenaturales, que son las únicas que tienen un valor permanente, y reconocer que Jesucristo que es en todo nuestro modelo, siendo Dios, sufrió, pero sufrió *porque es hombre,* pues se hizo hombre para poder sufrir y redimirnos, y así vemos que en la hora de su pasión: sufrió, oró suplicando al Padre, que si era posible aprtarse de Él este cáliz de la pasión...

¿Qué hemos, pues, de hacer en momentos de tristeza, dolor y desaliento? Lo mejor es tener en cuenta los consejos de los Libros Santos: «*Echa sobre el Señor tus cuidados y Él te sostendrá*» (Sal. 55, 23). Por eso decía San Agustín: «Confía tus cuidados al que te creó».

«*Anímate y alegra tu corazón, echa lejos de ti la tristeza, porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella*» (Eclo. 30, 24-25). *La tristeza es para el corazón lo que la polilla para el vestido y el gusano para la madera*» (Prov. 25, 20).

La verdadera alegría no te vendrá de fuera, o sea, de cines, bailes u otras diversiones profanas, sino que te saldrá de dentro, de tu alma, si vives en gracia. «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría» (Kempis). «Tristeza (escrúpulos) y melancolía fuera de la casa mía» (S. Felipe Neri).

Para lograr en este valle de lágrimas la verdadera alegría y la paz en nuestras almas es necesario apartarnos de toda clase de vicios y pecados y esforzarnos por amar más la virtud. Como dijo San Gregorio Magno: «No se desalienta el alma que piensa gozosa en los bienes del cielo».

Contrariedades no nos han de faltar, pero hay que saber luchar.

Mateo Talbot, dos o tres años después de su conversión, fue violentamente tentado de desesperación. Le parecía oír interiormente una voz que le decía que era totalmente inútil continuar luchando y que la perseverancia le sería imposible.

Se hallaba materialmente impedido de acercarse a la mesa eucarística y, después de haberlo intentado tres veces, no tuvo más remedio que salir de la Iglesia. Fue entonces cuando, por última vez, sin pretender siquiera entrar en el lugar sagrado, se echó de rodillas sobre las losas de la acera de la entrada y con los brazos en cruz exclamó: : «Te lo prometo, Dios mío; ¡no he de volver a las costumbres que dejé para siempre!».

Rogó entonces a la Virgen Santísima que intercediera por él y, después de unos breves minutos, se sintió completamente tranquilo. Asistió a Misa y con perfecta paz de espíritu recibió la sagrada comunión. Desde aquel día fue una ascensión continua hacia la santidad.

Tengamos presente lo que nos dice Kempis: «Miserable serás dondequiera que fueres, y dondequiera que te volvieres, si no te convirtieres a Dios... No pierdas, hermano, la esperanza de adelantar en la vida espiritual, todavía tiempo y ocasión tienes.»

El que vive alegre «en el Señor» sabe conformar su voluntad con la de Dios en las desgracias...

5) El orgullo o soberbia

Cuando el orgullo se instala en el corazón del

hombre es muy difícil su conversión. El orgulloso cree saber hasta lo que ignora...; no quiere recibir lecciones ni consejos...; es terco...; por estas razones hay pocas esperanzas de verlo convertido.

El orgulloso todo lo ve mal... Ve donde no hay nada que ver, y no ve donde habría de ver algo... Siempre ciego y obstinado, está convencido de su penetración e imparcialidad. El orgulloso hace su propia voluntad, mientras que la humildad hace la voluntad de Dios.

«El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba, de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores.» Un consejo: No te apegues a tus ideas y voluntad sin oír el parecer de las personas prudentes.

«De todos los orgullosos el más insoportable es el que cree saberlo todo» (Filodemo). «El orgullo es el complemento de la ignorancia» (Fontenelle). «Cuando el orgullo va delante, la vergüenza y el perjuicio siguen detrás» (Luis XI de Francia).

«*No te ensoberbezcas en tu corazón..., porque en el orgullo está la perdición y el desorden*» (Tob. 4, 14).

«*No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor el corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia*» (Eclo. 10, 6-15).

«*Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia*» (1 Ped. 5, 5). «La mayor necedad del hombre es la soberbia... Y sentir ser despre-

ciado del mundo es ser más soberbio que el mundo» (Quevedo).

«Señor, conózcame a mí para despreciarme, y conozcaos a Vos para amaros» (S. Agustín).

(Véanse mis libros «*Diccionario de Espiritualidad*» y «*Los males del mundo y sus remedios*».

La soberbia es la raíz de todos los pecados. De ella nacen la vanagloria, la jactancia, la ambición, la presunción, la hipocresía, la pertinacia en los juicios y el desprecio de los demás.

¡Triste espectáculo!

F. A. Vuillermet escribió a principios de este siglo un libro titulado «*Soyez des hommes*» = ¡Sed hombres! ¡Reconquistad la virilidad perdida!, y es el que empieza con esta expresión: ¡Triste es el espectáculo que ofrece el mundo moderno! En realidad, ¿qué vemos en todas partes? Hombres prosternados ante los placeres, honores y riquezas, adorando sus más livianos caprichos; almas inmortales destinadas a ser tabernáculos de Dios y a ostentar sobre su frente un rayo de la divinidad, mezcladas con todas las infamias en el torrente fangoso de las pasiones; cristianos que abandonan cobardamente la fe de sus padres, temerosos de una palabra de desdén o de una sonrisa de desprecio...

Penetrad en tantos salones, clubs, discotecas..., donde entran alocados tantos y tantas jóvenes de nuestros días y observad lo que en ellos pasa: palabras deshonestas, conversaciones escandalosas, proyectos inicuos.

¿Qué leéis en los periódicos o qué noticias se destacan en la radio y en la televisión? Inmoralidades, familias desavenidas, escándalos que surgen, crímenes que se cometen por todas partes, secuestros, robos... Parece que ha llegado el tiempo en que, según frase de la Escritura, los hombres llaman a lo malo bueno, y a lo bueno malo, y ésta es la maldición que se oye de Dios a través del profeta Isaías: «*¡Ay de los que al mal llaman bien, y al bien mal!*» (Is. 5, 20).

Por eso Jouffroy, célebre profesor de la Universidad de París ante el espectáculo que le ofrecía el mundo, al ver gentes que no obedecían más que al placer y al interés y aplaudían el vicio, exclamó: *¡No hay hombres!*

Nuestro siglo se ha entregado por completo a los placeres de la carne. Todos y en todas partes aspiran, al lujo, al bienestar, a las diversiones... Los hijos del siglo XX aspiran tan sólo a gozar, a gozar cada vez más... En esta atmósfera saturada de sensualismo y de frivolidad las almas no viven; vegetan, y mueren al cabo por no poder respirar el aire puro de las cumbres.

¿Dónde encontrar hombres verdaderamente dueños de sus actos, que tengan convicciones arraigadas, que sepan ser fieles a ellas... y no retrocedan ante el sacrificio por el triunfo de una idea?

¡Sed hombres!

Y ¿qué necesitamos para ser hombres de verdad? Para conseguirlo es necesario una voluntad fuerte, capaz de emprender un trabajo serio para

la reforma de los defectos y la adquisición de las virtudes. Esto es lo que falta a un gran número de nuestros ciudadanos. Se ha hecho de ellos hombres de letras, de ciencias, hombres de carrera, lo que era bueno sin duda, pero se ha olvidado hacer hombres de carácter.

En ellos se ha desarrollado la inteligencia, pero se ha dejado a un lado la voluntad y no se ha preparado a los jóvenes para la lucha de la vida. y lo que falta no es la instrucción, es la educación, *una formación religiosa a fondo,* la fuerza moral que vitaliza y engrandece a los pueblos y a los individuos y los preserva de revoluciones sangrientas e irremediables decadencias, pues como leemos en los Proverbios: «*La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables* (14, 34).

Hoy se habla bastante de virtud y se admira, pero no se practica, y ¿por qué? Por lo que tenemos dicho, porque faltan hombres de carácter. Hay mucha frivolidad, se quiere vivir para gozar y divertirse... Esto es propio de espíritus vanos y superficiales. Lo que necesita hoy nuestra sociedad es un verdadero cambio, una preparación moral que haga surgir corazones decididos a enfrentarse con el mal y con toda clase de pasiones, voluntades de hierro capaces de todos los quereres que empiecen por la reforma de sus vicios y la adquisición de la virtud que tanto nos eleva y engrandece.

¡Sed hombres!, hombres de carácter, y un hombre de carácter es un hombre de voluntad firme y continua, un hombre de decisión, y no de una decisión cualquiera, ya que puede adop-

tarla en un momento de fervor y de entusiasmo, y luego no pasar de una veleidad. Es necesario tener una decisión y pasar de ella a la acción. ¡Ser hombres de carácter!

«Carácter» es el arte de saber decir *sí* o *no* a su tiempo, es saber oponerse al mal, decir *no* a la pasión: pereza, ira, gula, sensualidad, etc.; es constancia en el bien obrar.

El carácter es la fuerza de la voluntad. El hombre de carácter sabe adoptar una decisión. Hace cuanto de él depende para llegar al conocimiento de su deber en todos los momentos de la vida. Si no lo consigue, pide consejo a personas más entendidas, más desde el momento que sabe cuál es la senda que el deber le impone, la sigue sin vacilaciones ni desmayos.

Los obstáculos

¡Cuántos obstáculos se encuentran al querer realizar una empresa cualquiera! Uno de ellos especialmente en los jóvenes de nuestros días que se proponen un cambio de vida, es el respeto humano. Y ¿qué es el respeto humano? Un excesivo miramiento a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones. El respeto humano no deja de ser una bajeza y una locura. ¿Por qué avergonzarse de hacer una obra buena o sea, de aquello de que debiéramos gloriarnos ante Dios? Nada degrada, nada envilece y deshonra al hombre como el respeto humano.

El respeto humano, así como la pereza, es uno

de los grandes obstáculos para ser virtuoso y hasta para ser sabio y es necesario combatirlo.

Unos te llamarán retrógrado, otros te dirán que la religión que profesas es de mujeres, otros llegarán hasta la amenaza o la persecución o la pérdida de puestos de trabajos como sucede en los países marxistas...; mas tú sé viril, sé hombre. No te averguences ante nadie de parecer buen cristiano. El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter.

¡Qué cosa más baja y ruín es el temer cumplir nuestros deberes según conciencia, porque otros no se rían de nosotros! Kempis dice: «Lo que eres a los ojos y al juicio de Dios, eso eres y nada más. ¿Quién eres tú para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece. Teme a Dios y no te espantes de los hombres. No esté tu paz en la boca de otros; pues si pensasen de ti bien o mal, no seas por eos hombre diferente. El que no desea contentar a los hombres, ni teme desagradarles, gozará de mucha paz».

«La firmeza de la voluntad es el secreto de llevar a cabo las empresas más árduas (Balmes), y eso tanto para ser virtuoso como para ser sabio. Para crearse una posición, para lograr hacer una carrera o para llegar a la posesión de una ciencia es necesario tener unos conocimientos básicos y necesarios, y estos no pueden adquirirse más que mediante el trabajo. Pues bien; trabajar o no trabajar depende de la voluntad exclusivamente.

Nuestra voluntad es ante todo perezosa y debemos imitar a los grandes trabajadores intelectuales, que sólo a fuerza de una voluntad de hie-

rro lograron sacudir el jugo de una pereza que parecía innata o invencible.

Newton fue durante mucho tiempo el último de su clase. El que le precedía le golpeó una vez. Newton le derribó en tierra, y esta victoria física engendró en su alma el deseo de obtener idénticas victorias intelectuales. Estudió, trabajó, y al poco tiempo, pasó a su compañero hasta lograr el primer puesto que conservó hasta el fin de sus días.

Demóstenes luchó durante muchos años contra un defecto de elocución por el cual le silbaron sus compatriotas al pronunciar sus primeros discursos en el Agora; pero con constancia logró hablar correctamente y ser luego el mayor orador ateniense.

San Agustín iba por el camino del pecado, se dejó arrastrar por las pasiones. El sentía que le tenían como atado. Por un lado veía a tantas almas puras y le parecía oír una voz que le decía: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas? ¿Acaso ellos lo pueden por sí mismos y no en el Señor, su Dios? No estribes en ti...»

Por otro lado las pasiones, las que quería dejar, le gritaban: «¿Piensas tú que puedes vivir sin nosotras...?». Mas él vivía apenado y triste; los placeres impuros le dejaban vacío su corazón y quería salir de aquel estado y de tanta miseria, y daba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: mañana, y mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no pone esta hora fin a mis torpezas?...» Después oyendo como una voz misteriosa de un niño, en el momento que lloraba con amarguísima contricción de corazón, que le

decía: «Toma y lee»... abrió el Nuevo Testamento por las Cartas de San Pablo y leyó estas palabras: «*No en comilonas, ni embriagueces, ni en deshonestidades... sino vestíos de N. S. Jesucristo*» (Rom. 13, 13-14), ...y ya no quiso seguir leyendo, ni fue necesario, como él dijo..., y reconociendo que Dios y sólo Dios era el centro de la felicidad, exclamó: «Nos hiciste, Señor, para ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti», y desde aquel momento, con voluntad firme, apoyado en la gracia de Dios, emprendió la senda del estudio y de la santidad y llegó a ser sacerdote y obispo, el gran doctor de la Iglesia.

Estos y otros muchos ejemplos que podríamos citar nos demuestran, como la historia lo confirma, que los santos como tantos sabios, han sido hombres de una voluntad firme y continua. Por el contrario a la falta de voluntad debe atribuirse la derrota de muchos jóvenes que han dado muy poco de sí cuando tanto prometían.

Joven, propónte un ideal. ¿Conoces a Jesucristo?

Hay escritores que han dicho: «El resplandor ha desaparecido de los ojos de la generación contemporánea» (A. Daudet). «Un viento de cementerio sopla nuestro siglo. Se aspira la muerte desde un extremo al otro de Europa» (E. M. de Vogué). Por eso todo joven necesita un ideal y que se enamore de él. Este ideal ha de ser superior al dinero, y entonces la pasión de las riquezas no tendrá cabida en su alma; un ideal más elevado que los placeres que le seducen, y entonces, a pesar de la tentación, su corazón podrá dilatarse

aspirando el aire puro de las cumbres, y nada le apartará del objeto que se ha propuesto.

Jesucristo, y por consecuencia Dios mismo: *he aquí nuestro ideal*. Este ideal no es abstracto, sino vivo, comunicable.

Estudiemos su persona en los Evangelios y veremos cómo por la Encarnación se hizo hombre y apareció como nuestro modelo, el hombre perfecto, el ideal de todos, pues nadie ha amado al prójimo como El y nadie ha sabido dar la vida por los demás como El. Su bondad y sus virtudes son admirables. El, pues, nos ha dado ejemplo de vida y se nos presenta como modelo, que nos invita a imitarle por el camino de abnegación, de la pureza, del sacrificio y del desprendimiento.

Los amigos y los que por envidia se mostraron enemigos suyos, todos reconocieron su santidad y sus grandes virtudes:

San Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Tú tienes palabras de vida eterna. Retírate de mí, porque soy hombre pecador...

Judas: «He entregado la sangre inocente» (Mt. 27, 4).

Pilato: «Yo no hallo en éste culpa alguna» (Jn. 18, 38).

El buen ladrón: «Este ningún mal ha hecho. Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados» (Lc. 24, 41).

El Centurión: «Verdaderamente éste era el Hijo de Dios».

Sus oyentes decían: «Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre».

Jesucristo dijo de sí: «*Yo soy el Mesías... Yo*

soy el Camino, la Verdad y la Vida. Yo soy la luz, el que me sigue no anda en tinieblas. Yo soy el pan de vida...

¡Oh!, si todos estudiaran y conocieran a Jesucristo, todos se arrojarían a sus pies para aclamarle y bendecirle.

¡Jóvenes! *¡Sursum corda!* ¡Arriba los corazones! ¡Siempre arriba!, y que un día pueda grabarse en nuestro sepulcro un epitafio parecido al que se lee en la tumba de Pasteur:

«Dichoso el que creyendo en Dios, lleva en su alma un ideal de belleza, un ideal de Arte, un ideal de la Ciencia, un ideal de la patria, un ideal de las virtudes del Evangelio.»

INDICE

LA FORMACION DEL CORAZON

Hay que educar el corazón humano . . . 5
¿Cómo podemos educar el corazón? . . . 6
El placer sensual y la presunción 9
El mal de los placeres impuros 11
Pasiones que hay que combatir 13
1.º La pasión del juego 14
2.º La embriaguez 17
3.º La blasfemia 21
Otros males que deben combatirse 24
1) La moda en el vestir 24
2) El baile 26
3) El cine 28
4) La tristeza... el desaliento 31
5) El orgullo o soberbia 33
¡Triste espectáculo! 35
¡Sed hombres! 36
Los obstáculos 38
Joven, proponte un ideal. ¿Conoces a Jesucristo? 41

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

- **La Biblia mas Bella.** En 13x17 con 80 páginas.
- **Catecismo de la Biblia.** En 10x15 con 42 páginas.
- **Historia Sagrada.** En 15x21 con 96 pág. muy ilustradas.
- **Evangelios y Hechos Apostólicos.** En 15x21 con 112 páginas
- **Jesús de Nazaret.** Con 120 pág. y muchas ilustr.
- **Catecismo Ilustrado.** En 18x25, con 160 páginas.
- **El Catecismo más Bello.** En 13x17 con 80 pág-
- **El Matrimonio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Bautismo yConfirmación.** En 15x21 con 40 pág.
- **¿Existe Dios?.** En 10x15 con 40 páginas.
- **¿Existe el Infierno?.** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Existe el Cielo?.** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Quién es Jesucristo?.** En 10x15 con 56 pág.
- **¿Quién es el Espíritu Santo?.** En 10x15 con 40.
- **¿Por qué no te confiesas?.** En 10x15 con 36 pág.
- **¿Por qué no vivir siempre alegres?.** En 10x15 con 160 páginas.
- **¿Seré sacerdote?.** En 10x15 con 48 páginas.
- **¿Qué sabemos de Dios?.** Explicación de quién es Dios.
- **¿Dónde está la felicidad?.** y cómo conseguirla.
- **Para ser santo.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Para ser sabio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Para ser feliz.** En 10x15 con 32 páginas.
- **Para ser apóstol.** En 10x15 con 48 páginas.

- **Para ser católico práctico.** En 10x15 con 40 pág.
- **La Buena Noticia.** En 10x15 con 48 pág.
- **La Caridad cristiana.** En 12x17 con 64 pág.
- **La Bondad de Dios.** En 10x15 con 56 pág.
- **La Santa Misa.** En 12x17 con 80 pág.
- **La Virgen María a la luz de la Biblia.** de 32 pág.
- **La Penitencia ¿qué valor tiene?.** 40 pag.
- **La Formación del Corazón.** En 10x15 con 48 pag.
- **La Formación del Carácter.** En 10x15 con 56 pág.
- **La Matanza de los Inocentes.** El aborto.
- **La Religión verdadera,** y las sectas, con 52 pág.
- **Los Diez Mandamientos.** Con 64 pág.
- **Los Grandes Interrogantes de la Religión,** 128
- **Los Santos Padres yDoctores de la Iglesia,** 98 p.
- **Los Testigos de Jehová.** Su doctrina y sus errores.
- **Los Males del mundo y sus remedios.**
- **Los últimos tiempos.** ¿Estamos ya en ellos?
- **El más allá.** La existencia de la otra vida.
- **El Diablo anda suelto.** Su existencia en el mundo.
- **La Oración.** En ella está la clave del éxito.
- **El valor de la fe.** Ella todo lo puede.
- **El Padrenuestro** es la mejor oración.
- **El Pueblo pide sacerdotes santos,** no vulgares.
- **El Dios desconocido.** Tratado de sus perfecciones.
- **El Camino de la Juventud,** y sus peligros.
- **El Niño y su educación,** cómo hay que educarlos.
- **El Mundo y sus peligros,** cómo defenderse.
- **ElCorazón de Jesús quiere reinar por amor.**
- **Diccionario de Espiritualidad,** con 336 páginas.
- **Historia de la Iglesia.** Los hechos más import.

Vida de San José, muy devota e ilustrada.
- **Pedro primer papa.** Elegido por el mismoCristo.
- **Florilegio de Mártires.** (España 1039-1939).
- **Somos Peregrinos,** que caminamos alCielo.
- **Vamos de Camino.** La brevedad de esta vida.
- **Tu Camino.** ¿Has pensado que vida vas a elegir?.
- **Misiones Populares.** Lo que te diría un misionero.
- **De Pecadores a Santos.** Eficacia de la conversión.
- **Pecador.Dios te espera.** Conviértete.
- **Joven, Levántate.** Aprende a combatir las pasiones
- **Tu Conversión.** No la difieras un día más.
- **Siembra el Bien,** y conseguiras la felicidad.
- **No Pierdas la Juventud.** Consejos a los jóvenes.
- **El Problema del Dolor,** y su valor ante Dios.
- **Siguiendo la Misa.** Modo práctico de oirla bien.
- **Visitas alSantísimoSacramento,** para cada día.
- **El valor de la Limosna,** lo sabremos en el cielo.
- **La Acción de Gracias después de la Comunión.**
- **Las Almas Santas,** como deben comportarse.
- **Errores Modernos:** el socialismo, la democracia.
- **Marxismo oCristianismo,** son incompatibles.
- **Doctrina Protestante yCatólica.** Sus diferencias.
- **Vive en Gracia.** No seas un cadaver ambulante.
- **Sepamos Perdonar,** para que Dios nos perdone.
- **Dios y el Hombre.** ¿Para qué creó Dios al Hombre?
- **La Esperanza en la otra vida.** ¿En qué se fundamenta?
- **La Sagrada Eucarístia.** El mayor de los tesoros.

- **La Oración según la Biblia.** Su importancia.
- **Pensamientos Saludables.** Serias reflexiones.
- **Lo que debes saber,** qué es lo que más te interesa.
- **El Ideal más sublime.** Ser colaborador de Dios.
- **Dios y Yo.** Mis relaciones conDios.
- **Catequesis sobre la Misa.** Para que sepas apreciar-la.
- **Ejercicios Espirituales Bíblicos.** Interesantes.
- **Las Virtudes Cristianas.** Conócelas y practícalas.
- **¿Por qué leer la Biblia?.** Y su importancia.
- **¿Qué es el Evangelio?.** El libro más importante.
- **Los Siete Sacramentos.** Instituídos por Dios.
- **Cortesía y Buenos Modales,** que debes practicar.
- **La Religión a tu Alcance.** Instrúyete.
- **La Misericordia de Dios,** con los arrepentidos.
- **El Buen Ejemplo,** es el mejor predicador.
- **Siembra la Alegría.** Código de la amabilidad.
- **Breve Enciclopedia,** del Dogma la moral y el culto
- **El Valor del Tiempo,** y del silencio.
- **El Escándalo y el Respeto Humano.**
- **Los Salmos comentados,** Oraciones emocion.
- **La Vida Religiosa.** Su valor y su belleza.
- **Dios todo lo ve.** Vivimos sumergidos en El.
- **La Paciencia.** Su mérito y su valor.
- **La Ignorancia Religiosa.** Causa de todos los males
- **Las Persecuciones.** Las predijo Jesucristo.
- **Dios se hizo hombre,** para hacer al hombre como Dios.
- **Vence la Tentación.** Derrota a Satanás.
- **Ejercicios Espirituales.** Fin y destino del hombre.